

LOS FUSILES  
DE LA MADRE  
CARRAR

*BERTOLT BRECHT*

*Traducción:  
Óscar Ferrigno*

Bertolt Brecht

LOS FUSILES DE LA MADRE CARRAR

Traducción de Óscar Ferrigno

Quetzal  
Buenos Aires  
1957

Digitalizada a partir de copia mecanográfica  
procedente del Seminario Multidisciplinario

*José Emilio González.*  
*Facultad de Humanidades*  
*Universidad de Puerto Rico*  
Río Piedras

Biblioteca Virtual  
OMEGALFA  
Agosto  
2016

## PERSONAJES

TERESA CARRAR

JOSÉ, su hijo menor

PEDRO JAQUERAS, obrero

EL HERIDO

MANUELA

EL CURA

LA ANCIANA SEÑORA PÉREZ

DOS PESCADORES

MUJERES Y NIÑOS

Una noche de abril de 1937, en una casa de pescadores de Andalucía. Una habitación con las paredes blanqueadas. En un rincón, un gran crucifijo negro. Teresa Carrar, una mujer de cincuenta años, está amasando el pan. Su hijo José, de quince años, trabaja una talla al lado de la ventana abierta. Se oye a lo lejos ruido de cañones.

LA MADRE: ¿Ves todavía la barca de Juan?

JOSE: Sí.

LA MADRE: ¿Está todavía encendida la lámpara?

JOSE: Sí.

LA MADRE: ¿No ha salido ninguna otra embarcación?

JOSE: No. (*Pausa*)

LA MADRE: Es extraño. ¿Cómo puede ser que no haya salido ninguna otra?

JOSE: ¡Pero si lo sabes!

LA MADRE: (*pacientemente*): Si te lo pregunto es porque no lo sé.

JOSE: No ha salido nadie, fuera de Juan, porque tienen otras cosas que hacer que estar pescando

LA MADRE: ¡Ah! (*Pausa*)

JOSE: Tampoco Juan hubiera salido si las cosas dependieran de él.

LA MADRE: Justamente. No dependen de él.

JOSE: (*tallando con fuerza*). No.

*(La madre pone la masa en el horno, se limpia las manos y toma una red para componerla).*

JOSE: Tengo hambre.

LA MADRE: Tú no estás de acuerdo con que tu hermano salga a pescar.

JOSE: Porque eso podría hacerlo yo y Juan debería estar en el frente.

LA MADRE: Pensé que querrías ir tú también. (*Pausa*).

JOSE: Quién sabe si los barcos con las provisiones conseguirán burlar el bloqueo de los ingleses.

LA MADRE: Cuando este pan esté horneado, no tendré más harina.

(*José cierra la ventana*)

LA MADRE: ¿Por qué cierras la ventana?

JOSE: Ya son las nueve.

MADRE: ¿Y qué?

JOSE: A las nueve vuelve a hablar aquel perro por radio y los de Pérez prenden su aparato.

LA MADRE: (*rogándole*): Abre de nuevo la ventana. Con la luz de aquí dentro y el reflejo de los vidrios no puedes ver bien.

JOSE: ¿Pero por qué tengo que estar aquí sentado vigilando? No se va a escapar. Tu único miedo es que vaya al frente.

LA MADRE: No seas insolente. Ya es bastante triste tener que estar angustiada por ustedes.

JOSE: ¿Qué quiere decir “ustedes”?

LA MADRE: Tú no eres ni un pelo mejor que tu hermano. Peor, más bien.

JOSE: Esos encienden la radio exclusivamente por nosotros. Esta ya es la tercera noche. Ayer vi cómo abrieron la ventana a propósito, para que oyéramos.

LA MADRE: Estos discursos son la misma cosa que los de Valencia.

JOSE: ¿Por qué no dices que son mejores?

LA MADRE: Bien sabes que no me parecen mejores. ¿Por qué voy a estar de parte de los generales? Detesto cualquier derramamiento de sangre.

JOSE: ¿Y quién comenzó? ¿Fuimos nosotros acaso?

(*La madre calla. El joven ha abierto de nuevo la ventana. De lejos se oye anunciar: ¡Atención, Atención! Aquí habla su excelencia el general Queipo del Llano*). Luego se oye fuerte y tajante la voz ha-

*bitual del "General del micrófono que dirige su discurso nocturno al pueblo español).*

VOZ DEL GENERAL: Un día de éstos, amigos míos, tendremos que hablar con vosotros seriamente. Y lo haremos desde Madrid, aun cuando lo que quede de la ciudad no tenga ya el aspecto de Madrid. El señor obispo de Canterbury tendrá motivos para derramar sus lágrimas de cocodrilo. Nuestros bravos moros tendrán muchas cuentas que ajustar.

JOSE: ¡Cochino!

VOZ DEL GENERAL: Amigos míos, el así llamado imperio británico, ese coloso con pies de arcilla, no podrá impedir la destrucción de la capital de un pueblo perverso, que tiene el atrevimiento de enfrentar la irresistible reivindicación nacional. Nosotros barreremos de la faz de la tierra a ese vil populacho!

JOSE: Que somos nosotros, madre.

LA MADRE: Nosotros no somos agitadores y no enfrentamos a nadie. Si gobiernan ustedes probablemente lo harían. Tú y tu hermano son unos exaltados. Igual que tu padre, y seguramente no me gustaría que fueran distintos. Pero esto no es una broma; ¿no oyes sus cañonazos? Nosotros somos gente pobre, y los pobres no pueden permitirse la guerra.

*(Golpean a la puerta. Entra el obrero Pedro Jaqueras, hermano de Teresa, que se ve que ha caminado mucho).*

EL OBRERO: Buenas noches.

JOSE: ¡Tío Pedro!

LA MADRE: ¿Qué te trae por aquí, Pedro? *(le da la mano)*

JOSE: ¿Vienes de Motril, tío Pedro? ¿Cómo andan las cosas por allí?

EL OBRERO: ¡Oh, no muy bien. Y ustedes, ¿cómo se encuentran aquí?

LA MADRE *(ambigua)*: Vamos aguantando.

JOSE: ¿Partiste hoy de allá?

EL OBRERO: Sí.

JOSE: Son cuatro horas largas, ¿verdad?

EL OBRERO: Y también más, porque las carreteras están llenas de refugiados que quieren llegar a Almería.

JOSE: Pero Motril, ¿resiste?

EL OBRERO: No sé qué habrá sucedido hoy. Anoche, aún resistía.

JOSE: ¿Y por qué te fuiste?

EL OBRERO: Necesitamos muchas cosas para el frente. Se me ocurrió darme un salto para ver cómo andaban ustedes.

LA MADRE: ¿Tomas un vaso de vino? (*se lo sirve*). El pan estará listo dentro de media hora.

EL OBRERO: ¿Dónde está Juan?

JOSE: Pescando.

EL OBRERO: ¿De veras?

JOSE: Puedes ver su lámpara desde la ventana.

LA MADRE: ¡Y hay que vivir!

EL OBRERO: Sí, claro. En la calle oí la voz del general del micrófono. ¿Quién lo escucha aquí?

JOSE: Son los de enfrente, los Pérez.

EL OBRERO: ¿Encienden la radio para oír esas cosas?

JOSE: No, no es gente de Franco. No lo hacen porque les interese, como tú crees.

EL OBRERO: ¿Ah, no?

LA MADRE (*al muchacho*) ¿No perderás de vista a tu hermano?

JOSE: (*volviendo de mala gana a la ventana*): Quédate tranquila, que no se ha caído de la barca.

(*El Obrero ha bebido su vaso de vino y se sienta junto a su hermana. La ayuda a remendar la red*):

EL OBRERO: ¿Cuántos años tiene Juan ahora?

LA MADRE: Veintiuno, en septiembre.

EL OBRERO: ¿Y José?

LA MADRE: ¿Tienes que hacer algo en particular por los alrededores?

EL OBRERO: Nada especial.

LA MADRE: Hace tanto tiempo que no venías por aquí...

EL OBRERO: Dos años.

LA MADRE: ¿Cómo se encuentra Rosa?

EL OBRERO: Con reumatismo.

LA MADRE: Esperaba que hubiese venido a visitarme.

EL OBRERO: Tal vez Rosa está un poco disgustada por lo del funeral de Carlos. *(La madre calla)*.

EL OBRERO: Pensó que podrías haberme avisado. Sin lugar a dudas que hubiéramos venido para el funeral de tu marido, Teresa.

LA MADRE: Y, sucedió así, de improviso.

EL OBRERO: ¿Pero cómo fue? *(La madre calla)*

JOSE: Una bala en los pulmones.

EL OBRERO; Ya han ido también muchos católicos.

JOSE: Aquí también fueron algunos.

EL OBRERO. ¿Pero un fusil lo tendrán todos?

JOSE: No, todos no.

EL OBRERO. Eso no está bien. Los fusiles son ahora la cosa más importante. ¿Pero es que no los hay en el pueblo?

LA MADRE *(inmediatamente)*: ¡No!.

JOSE: Hay todavía algunos, pero los tienen escondidos. Los entierran como si fueran patatas. *(La madre lo mira)*

EL OBRERO: ¡Ah!

*(El muchacho se aleja de la ventana y va hacia el fondo).*

LA MADRE: ¿A dónde vas?

JOSE: A ningún lado.

LA MADRE: Vuelve a la ventana.

*(El muchacho, obstinado, permanece en el fondo de la habitación).*

EL OBRERO: ¿Qué sucede?

LA MADRE: ¿Por qué te has alejado de la ventana? ¡Contéstame!

EL OBRERO: ¿Hay alguien afuera?



JOSE: (ronco) No. (*Se escuchan fuera voces de chicos que gritan*).

VOCES DE NIÑOS:

Juan no quiere ser soldado  
porque está muy asustado.  
Tanto le teme al cañón  
que se esconde bajo el colchón.

(*Por la ventana se ven los rostros de tres niños*).

LOS NIÑOS: ¡Buuuh!...

LA MADRE: (*Se levanta y va hacia la ventana*): ¡Si os agarro os pongo el traste morado, mocosos de porquería! (*Habla de nuevo hacia el interior de la habitación*): Son los Pérez de nuevo. (*Pausa*),

EL OBRERO: Antes jugabas a las cartas, José. ¿Hacemos una partida?

(*La madre se sienta al lado de la ventana. El muchacho toma las cartas, comienzan el juego*).

EL OBRERO: ¿Trampeas todavía?

JOSE: (Ríe): ¿Lo hacía antes?

EL OBRERO: Creo que sí. De cualquier manera es mejor que corte yo. Todo está permitido, ¿de acuerdo? En la guerra todos los trucos valen.

(*La madre lo mira con desconfianza*)

JOSE: ¡Malas cartas!

EL OBRERO: Gracias por avisarme. ¡Ajá! Y ahora me sales con un as de triunfo. ¡Qué fanfarrón! Pero te va a costar caro. Otra carta con la artillería pesada y ahora yo saco mis modestas reservas, y me lo llevo todo. (*Gana la partida*). Así aprenderás. Arriesgar está bien. Tú eres audaz, hijo mío, pero no es bastante.

JOSE: El que no arriesga, no gana.

LA MADRE: Esos proverbios se los ha enseñado el padre. “Un hombre bravo se juega entero”, ¿verdad?

EL OBRERO: Sí, se juega uno el pellejo. Don Miguel de Ferrante, en cierta oportunidad, jugando con un coronel, perdió setenta campe-

sinos. Quedó arruinado y por el resto de su vida tuvo que conformarse con doce servidores. ¿Y ahora juegas el as de espadas?

JOSE: Tuve que jugar así. (Gana un punto) Era mi única posibilidad.

LA MADRE: Están hechos de ese modo. Su padre saltaba de la barca cuando la red se enganchaba.

EL OBRERO: Tal vez no tendría muchas redes.

LA MADRE: Tampoco tenía muchas vidas.

*(En el umbral ha aparecido un hombre con uniforme de miliciano, la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo).*

LA MADRE: No te quedes ahí, Pablo, entra!

EL HERIDO: Me dijo que podía volver por el vendaje, señora Carrar.

LA MADRE: Está de nuevo completamente empapado.

*(Sale corriendo)*

EL OBRERO: ¿Dónde te sucedió?

EL HERIDO: En Monte Solluve

*(La madre vuelve con una camisa que rasga en pedazos. Hace un nuevo vendaje, pero siempre observando a los que están en la mesa)*

LA MADRE: ¡Has vuelto a trabajar!

EL HERIDO: Con el brazo derecho solamente.

LA MADRE: Pero si te dijeron que no debías hacerlo.

EL HERIDO: Sí. Sí. Dicen que esta noche quebrarán el frente. No tenemos más reservas. ¿Será posible que ya hayan pasado?

EL OBRERO: (Inquieto): No, no creo. Se oírían los cañonazos en otro lado.

LA MADRE. Si te hago daño, dímelo. No he estudiado de enfermera, trato de hacerlo lo más suavemente posible.

JOSE. ¡En Madrid no pasarán!

EL HERIDO. ¡Quién sabe!

JOSE. Sí que lo sabemos.

EL HERIDO Pero ha destrozado una camisa entera, señora Carrar. No

tendría que haberlo hecho.

LA MADRE. ¿Quieres que te vende con trapo de fregar?

EL HERIDO. No, pero tampoco veo que tenga para regalar.

LA MADRE. Mientras viva, todo va bien. Pero para el otro brazo no alcanzaría.

EL HERIDO. (ríe) Entonces debo estar más atento la próxima vez. (se levanta el obrero). Con tal de que no pasen esos perros! (Sale).

LA MADRE. ¡Ese ruido de cañones...!

JOSE. Y nosotros, saliendo a pescar.

LA MADRE. Pueden estar contentos todavía de tener sus cuatro miembros enteros.

(Se oye afuera ruido de camiones y cantos que se acercan y luego se desvanecen. El obrero y José se acercan a la ventana y observan en la oscuridad).

EL OBRERO. Son las Brigadas Internacionales. Las llevan a la batalla de Motril. (Se oye el canto de "la Brigada Thaelmann": "Lejos está mi patria...").

EL OBRERO: Son los alemanes. (Se oyen algunos compases de "Lejos está mi patria").

EL OBRERO. Los franceses. (Suenan "La Marsellesa").

EL OBRERO. Los polacos. (Suenan "La Varsovia")

EL OBRERO. Los italianos. (Suenan "Bandiera Rossa").

EL OBRERO. Los americanos. (Suenan "Hold the fort").

EL OBRERO. Y ahí pasan los nuestros. (Suenan "Los cuatro generales")

(Se apaga el ruido de cantos y camiones. El obrero y el joven se vuelven a la mesa.)

EL OBRERO. Esta noche es la decisiva. Ahora tengo que marcharme. Fue la última partida, José.

LA MADRE (acercándose a la mesa). ¿Quién ha ganado?

JOSE (con soberbia). Él.

LA MADRE. ¿Entonces no te preparo la cama?

EL OBRERO. No, debo irme. (*Permanece sin embargo sentado*).

LA MADRE. Saluda a Rosa. Y que no me guarde rencor. Ninguno de nosotros sabe lo que sucederá todavía.

JOSE. Te acompaño un trecho.

EL OBRERO. No hace falta. (*La madre mira por la ventana*).

LA MADRE. ¿Te hubiera gustado ver también a Juan?

EL OBRERO. Lo hubiera visto con gusto, claro. Pero no volverá tan temprano, ¿verdad?

LA MADRE. (*intranquila*). Debe estar muy lejos. Casi a la altura del cabo. (*Vuelve al centro de la pieza*). Podríamos ir a buscarlo.

(*En la puerta aparece una joven*).

JOSE. Buenos días, Manuela. Este es el tío Pedro.

MANUELA. ¿Dónde está Juan?

LA MADRE. Juan trabaja.

MANUELA. Creíamos que lo había mandado al jardín de infancia a jugar a la pelota.

LA MADRE. No, ha ido a pescar. Juan es pescador.

MANUELA. ¿Por qué no concurrió a la reunión de la escuela? Había otros pescadores también.

LA MADRE. No se le perdió nada allí.

JOSE. ¿De qué reunión se trataba?

MANUELA. Se resolvió que todos aquellos que puedan hacerlo viajarán esta noche al frente. Pero ustedes sabían muy bien de qué se trataba. Nosotros le avisamos a Juan.

JOSE. No puede ser. De otro modo Juan no hubiera ido a pescar. ¿O es que tal vez te advirtieron a ti, madre? (*La madre calla y se ocupa solamente del horno.*)

JOSE. Es que ella no le avisó. (*A la madre*). ¡Ahora comprendo por qué lo has mandado a pescar!

EL OBRERO. No debías haber hecho eso, Teresa.

LA MADRE. Dios ha dado menesteres a cada uno de los hombres. Mi hijo es pescador.

MANUELA. El gobierno ha ordenado que todos los hombres aptos tomen las armas. No me diga que no lo leyó.

LA MADRE. Lo leí. Gobierno de aquí, gobierno de allá... Nos quieren llevar al matadero. Pero ésa no es una razón para que yo, voluntariamente, cargue a mis hijos en una carretilla y los lleve al matadero.

MANUELA. No, usted esperará hasta que los pongan contra la pared. En mi vida he oído semejante necedad. La gente como usted tiene la culpa de que hayamos llegado a esta situación y que ese puerco de Queipo se permita hablar de esa manera por radio.

LA MADRE. (*Débilmente*). No admito que se usen esas palabras en mi casa.

MANUELA. (*Fuera de sí*). ¡Tal vez ya está del lado de los generales!

JOSE. (*Impacientado*). ¡No! Pero no quiere que combatamos.

EL OBRERO. Permanecer neutrales, ¿No es así?

LA MADRE. Ya sé que quisieran ver mi casa convertida en un nido de conspiradores. Hasta que no vean a Juan contra la pared, no se darán paz.

MANUELA. ¡Y de usted se decía que había ayudado a su marido cuando fue a Oviedo!

LA MADRE. (En voz baja). ¡Cierra la boca! ¡Yo no ayudé a mi marido! ¡A hacer eso, nunca! ¡Sé que se me culpa de todo, pero todo es mentira, todo! Nada más que sucias mentiras. Cualquiera puede atestiguarlo.

MANUELA Nadie quería culparla, señora Carrar. Siempre la hemos tratado con el mayor respeto. Todos sabíamos que Carlos Carrar era un héroe, Pero que tuvo que abandonar furtivamente su casa por la noche, lo sabemos sólo ahora.

JOSE. ¡Mi padre no salió de casa por la noche, furtivamente, Manuela!

LA MADRE. Cállate» José.

MANUELA. Dígale a su hijo que no quiero saber más nada de él. Y que no es necesario que cada vez que me vea me esquive por miedo a que le pregunte cómo es que todavía no está donde debería estar. (*Sale.*)

EL OBRERO. No deberías haber permitido que se marchara de ese modo. Antes no lo hubieras hecho, Teresa,

LA MADRE. Soy como fui siempre. Seguramente habrán apostado que llevarían a Juan al frente. De todos modos, ahora voy a llamarlo, O mejor, tú, José, No, espera, iré yo misma, En seguida vuelvo, (*Salte*).

EL OBRERO. Dime, José, tú no eres por cierto un tonto, y no es necesario decírtelo todo detalladamente. ¿Dónde están?

JOSE ¿Qué?

EL OBRERO. Los fusiles.

JOSE. ¿De mi padre?

EL OBRERO. Deben estar aquí. No puede ser que tomara el tren con todo aquello cuando partió.

JOSE. ¿Has venido a llevártelos?

EL OBRERO, ¿A qué he venido si no?

JOSE. No te los dará jamás. Los ha escondido,

EL OBRERO, ¿Dónde? (*El joven indica un rincón. El obrero se levanta y va hacia el lugar señalado, cuando se oyen pasos*).

EL OBRERO. (*vuelve en seguida a sentarse*) Quieto ahora. (*la madre entra con el cura del pueblo. Es un hombre alto y fuerte con el hábito gastado*).

EL CURA. Buenas noches, José (*al obrero*): Buenas noches.

LA MADRE. Este es un hermano mío, de Motril, padre.

EL CURA. Encantado de conocerle. (a la madre) Debo pedirle disculpas porque vengo de nuevo a molestarla. ¿Podría usted mañana a mediodía echar una mirada en casa de los Turillo? Los pequeños se han quedado solos ahora, porque la Turillo se marchó al frente junto al marido.

LA MADRE. Lo Haré con gusto,

EL CURA. (*al obrero*) ¿Cómo es que anda usted por estos lados? He oído decir que las comunicaciones con Motril se han hecho muy difíciles.

EL OBRERO. Aquí está todavía muy calmo, ¿no?

EL CURA. ¿Cómo decía usted? Ah sí.

LA MADRE. Pedro, creo que el señor cura te ha preguntado algo.  
¿Cómo es que te encuentras aquí?

EL OBRERO Se me ocurrió venir a visitar a mi hermana,

EL CURTA, (*mirando a la madre persuasivo*) Fue una buena idea. Se habrá dado cuenta de que no lleva una vida fácil.

EL OBRERO. Espero que sea una buena feligresa,

LA MADRE... Le ruego que acepte un vaso de vino. El señor cura se ocupa de los pequeños que tienen sus padres en el frente. Debe haber andado todo el día dando vueltas, ¿verdad? (*le alcanza el vaso de vino*).

EL CURA, (*se sienta y toma el vaso de vino*). Querría saber solamente dónde podré encontrar otro par de zapatos. (*En ese preciso instante comienza a oírse de nuevo la radio de los Pérez. La madre va a cerrar la ventana*).

EL CURA. No se moleste, señora Carrar. Me han visto entrar. La tienen conmigo porque no voy a las barricadas. Y entonces, de cuando en cuando, me hacen oír alguno de esos discursos.

EL OBRERO. ¿Le da mucho fastidio?

EL CURA. Francamente si, Pero deje abierta la ventana.

VOZ DEL GENERAL. “pero nosotros conocemos las malditas mentiras con las cuales estos señores tratan de ensuciar la causa nacional. Nosotros no pagamos al obispo de Canterbury tan bien como le pagan los rojos, pero, en compensación, podemos recordarles los diez mil curas a los cuales sus honorables amigos les contaron el cuello, Que este señor me permita decirle -y que me perdone si no acompaño mis palabras con un cheque-, que el ejército nacional, en su marcha victoriosa, ha encontrado, sí, bombas y depósitos llenos de fusiles en cantidad, pero nunca un cura con vida.”

*(El obrero ofrece al cura su paquete de cigarrillos, el cura toma uno, a pesar de no ser fumador)*

VOZ DEL GENERAL. Y es bueno que la causa justa sepa vencer sin necesidad de los señores obispos. Mientras se pueda contar con buenos aviones, y con hombres como el general Franco, el General

Mola...

*(La transmisión se interrumpe bruscamente).*

EL CURA..., (bonachón) Gracias a Dios, los propios Pérez no pueden soportar más de tres frases. Yo creo que semejantes discursos no pueden causar buena impresión.

EL OBRERO. Se dice, sin embargo, que es el Vaticano el que propaga esas mentiras.

EL CURA. Eso no lo sé. *(Dolorido)* Según mi parecer, no son cosas que atañen a la Iglesia, eso de hacer que lo blanco parezca negro y lo negro blanco.

EL OBRERO. *(mirando al muchacho)* Claro que no

LA MADRE. *(apurada)* Mi hermano combate en la milicia, señor cura.

EL CURA. ¿De qué sector llega usted?

EL OBRERO. De Málaga.

EL CURA ¿Es espantoso allá, verdad? *(el obrero fuma en silencio).*

LA MADRE. Mi hermano no me juzga una buena española. Piensa que debería dejar que Juan se fuera al frente.

JOSE. Y también a mí. Es allí donde deberíamos estar.

EL CURA. Usted sabe, señora Carrar, que juzgo su comportamiento justificado por sentimientos honestos. El bajo clero en muchas ciudades apoya al gobierno legal. De las dieciocho diócesis de Bilbao, diecisiete se han declarado en favor del gobierno. No pocos de mis colegas están en el frente, algunos han caído ya. Personalmente, no soy precisamente un combatiente. Dios no me ha dado el poder de llamar con voz tonante a mis feligreses para combatir contra..., *(busca la palabra)* una causa cualquiera. Para mí cuenta la palabra del Señor. No matarás! No soy un hombre rico. No poseo un monasterio y comparto lo poco que tengo con mis parroquianos. Esto es probablemente lo único que en este momento puede dar a mis palabras algún valor.

EL OBRERO. Claro. Pero la cuestión reside en saber si usted, realmente, no es un combatiente. Quiero que me comprenda bien. Por ejemplo: si a un hombre a quien están por matar y quiere defenderse, usted le detiene el brazo con estas palabras: No matarás, de



modo que puedan degollarlo como a un pollo, en mi opinión también usted está participando, a su manera, en esa lucha. Usted sabrá disculparme si digo lo que pienso.

EL CURA». Mientras tanto, participo del hambre\*

EL OBRERO. ¿Y de qué manera piensa usted que podremos recuperar ese pan nuestro de cada día, por el cual ruega usted a Dios en sus oraciones?

EL CURA. No lo sé, sólo puedo rezar.

EL OBRERO. Entonces le interesará saber que anoche Dios volvió a echar atrás las naves con las provisiones.

JOSE. ¿Es cierto? ¡Madre, las naves tuvieron que volverse atrás!

EL OBRERO. Si, eso es la neutralidad... (*Repentinamente*) ¿También usted es neutral?

EL CURA. ¿Qué entiende por ello?

EL OBRERO. Bueno, estar con la "no intervención." Si usted participa de la "no intervención", aprueba en el fondo cada baño de sangre en que estos señores generales sumen al pueblo español.

EL CURA. (*Levantando las manos a la altura de la cabeza en señal de rechazo*). No, no los apruebo.

EL OBRERO. (*mirándolo con los ojos entrecerrados*). Tenga las manos levantadas por un momento. En esa posición salieron cinco mil de los nuestros en Badajoz de las casas asediadas. Y en esa posición fueron fusilados.

LA MADRE. ¿Cómo puedes hablar así, Pedro?

EL OBRERO. Es que acabo de comprobar que la posición que se adopta al desaprobador alguna cosa se asemeja espantosamente a la que se asume cuando uno capitula, Teresa. He leído muchas veces que las personas que inocentemente se lavan las manos, suelen hacerlo en tinas teñidas en sangre. Se lo advierte luego, por las manos.

LA MADRE. ¡Pedro!

EL CURA. No se preocupe, señora Carrar, en estos tiempos, los espíritus están que arden. Todos razonaremos con mayor tranquilidad cuando todo esto haya pasado.

- EL OBRERO. ¿Cree usted que debemos ser barridos de la faz de la tierra porque somos un pueblo perverso?
- EL CURA. ¿Quién dice eso?
- EL OBRERO. El "general del micrófono... ¿No lo escuchó usted hace un momento? Usted escucha muy poco la radio.
- EL CURA... (*en tono despreciativo*) ¡Oh!... el general...
- EL OBRERO. No diga. "¡Oh, el general!" El general ha contratado a toda la resaca de España para borrarlos de la faz de la tierra, sin contar los moros, los italianos y los alemanes,
- LA MADRE. También eso es vergonzoso, que hayan traído gente que sólo combate por la paga.
- EL CURA. ¿No cree usted que también en el otro bando puede haber personas sinceramente convencidas?
- EL OBRERO. No comprendo de qué pueden estar convencidos. (*Pausa*)
- EL CURA, (*Mira el reloj*) Todavía tengo que pasar por lo de Turillo.
- EL OBRERO. ¿No cree usted que las Cortes, en las que el Gobierno tenía una aplastante mayoría, fueron elegidas según las más honestas reglas del juego?
- EL CURA. Si, que lo creo.
- EL OBRERO. Hace un rato, cuando hablé de un hombre que quiere defenderse y a quien se le detiene el brazo, quise decir literalmente eso, porque, en verdad, no nos quedan más que nuestros brazos desnudos.
- LA MADRE, (*Interrumpiendo*) No vuelvas a comenzar. No tiene sentido.
- EL CURA. El hombre ha nacido con los brazos desnudos, todos lo sabemos. El creador no lo hace salir del seno materno con la mano armada. Conozco la doctrina según la cual toda la miseria del mundo se debe al hecho de que el pescador y el obrero - usted es obrero - me parece - sólo cuentan con sus brazos desnudos para procurarse el sustento. Pero en ningún lugar de las Escrituras está dicho que este mundo sea un mundo perfecto; al contrario, es un mundo lleno de miseria, de pecado y de opresión. Bendito, pues, quien ha

sido enviado para sufrir en este mundo con el brazo desarmado, porque podrá dejarlo al menos sin armas en la mano,

EL OBRERO. Bien hablado. No quiero decir nada en contra de estas palabras que suenan tan bien. Quisiera que causaran alguna impresión en el general Franco. Lo malo es que el general Franco, armado como está hasta los dientes, no tiene ningún deseo de abandonar la tierra. Tiraríamos todas las armas tras él, si se decidiera a dejarla. Sus aviadores han arrojado un manifiesto, lo he recogido hoy del suelo, en Motril. (*Saca el manifiesto del bolsillo. La madre y el muchacho lo miran*).

JOSE... (*a la madre*) Ves. También aquí dicen que destruirán todo.

LA MADRE,.. (*leyendo*) Pero no pueden hacerlo.

EL OBRERO... Claro que pueden. ¿Qué opina usted, padre?

EL CURA (*dudando*) Creo que tal vez técnicamente podrían hacerlo. Pero si he comprendido bien a la señora Carrar, ella piensa que esto no es sólo un asunto de aviones. Con esta clase de manifiesto quieren intimidar para hacer entender a la población la gravedad de la situación; pero llevar a cabo semejante amenaza por razones militares, ya es otra cosa.

EL OBRERO. No he comprendido del todo bien,

JOSE. Yo tampoco.

EL CURA. (*más incierto aún*) Creo que me expresé claramente.

EL OBRERO. Sus palabras son claras, pero es su significado lo que no nos resulta claro ni a José ni a mí, ¿Piensa usted que no nos bombardearán? (*pequeña pausa*)

EL CURA. Pienso que es una amenaza

EL OBRERO. Que no se llevará a cabo.

EL CURA. No

LA MADRE. Por lo que veo, quieren evitar precisamente derramamiento de sangre y nos aconsejan no levantar la mano contra ellos.

JOSE. ¡Los generales, evitar derramamientos de sangre!

LA MADRE. (*mostrando el manifiesto*) Pero aquí dice: "Quien deponga las armas se salvará"

EL OBRERO. Entonces quiero hacerle otra pregunta, padre. ¿Cree usted que quien deje las armas no será fusilado?

EL CURA. (*mira en torno como buscando ayuda*) Significa que el general Franco continúa profesando su fe cristiana.

EL OBRERO. ¿Significa que mantendrá su promesa?

EL CURA. (violento) ¡Tiene que mantenerla, señor Jaqueras!

LA MADRE. Al que no combata no le sucederá nada,

EL OBRERO. Padre..., (*disculpándose*) no sé su nombre.....

EL CURA. Francisco

EL OBRERO. Usted comprende que esta pregunta se la formulo al cristiano, o si lo prefiere, al hombre que no posee un monasterio, según su propia expresión, y que dirá la verdad cuando está en juego un asunto de vida o muerte. Porque se trata de esto, ¿no es verdad?

EL CURA. (Sumamente tranquilo) Lo entiendo.

EL OBRERO. Tal vez pueda simplificar la pregunta si le recuerdo los sucesos de Málaga,

EL CURA. Sé a qué se refiere. ¿Pero está seguro de que en Málaga no hubo resistencia?

EL OBRERO. Usted sabe que cincuenta mil fugitivos, hombres, mujeres y niños, que se encontraban en el camino a doscientos kilómetros de Almería, fueron segados por los cañones de los barcos, por las bombas y las ametralladoras de los aviones de Franco,

EL CURA. Eso podría ser una noticia inventada.

EL OBRERO. ¿Cómo la de los curas fusilados?

EL CURA. Como la de los curas fusilados,

EL OBRERO. ¿Entonces no fueron asesinados? (*el cura calla*)

EL OBRERO. La señora Carrar y sus hijos no levantan la mano contra el general Franco. ¿Entonces la señora Carrar y sus hijos están a salvo?

EL CURA. Según el juicio humano,,

EL OBRERO, ¿Sí? ¿Según el juicio humano?

EL CURA. (*agitado*) No pretenderá usted que yo se lo garantice!

EL OBRERO. No. Usted sólo debe dar su opinión. ¿Están seguros la señora Carrar y sus hijos? (*el cura calla*).

EL OBRERO, Creo que hemos comprendido su respuesta. Usted es un hombre honesto,

EL CURA. (*levantándose confundido*) ¿Entonces, señora Carrar, puedo contar con usted para que vaya a visitar a los pequeños de los Turillo?

LA MADRE, (*También ella confundida e intranquila*). Les llevaré además de comer. Le agradezco su visita.  
(*El cura sale, saludando con una inclinación de cabeza al obrero, al joven y a la madre. Ésta lo acompaña*).

JOSE. Ahora has escuchado lo que siempre le repiten. Pero no te vayas sin los fusiles.

EL OBRERO. ¿Dónde están? ¡Rápido! (*van hacia el fondo, retiran a un costado un cajón grande y abren una trampa en el piso*).

JOSE. Pero ella volverá en seguida.

EL OBRERO. Pongamos los fusiles del otro lado de la ventana. Después los retiraré de allí (*toman rápidamente los fusiles. Cae una pequeña bandera desgarrada en la cual estaban envueltos*)

JOSE. ¡Todavía está la pequeña bandera de entonces! Me extraña que hayas podido quedarte sentado, tan tranquilo, con el apuro que hay,

EL OBRERO. Necesitaba esto, (*prueban los fusiles. El joven de pronto saca del bolsillo un gorro de miliciano y se lo pone orgullosamente*)

EL OBRERO. ¿De dónde lo has sacado?

JOSE. Hice un cambio. (*con una mirada hacia la puerta lo vuelve a meter en el bolsillo*).

LA MADRE,, (entrando) ¡Deja los fusiles! ¿Para esto viniste?

EL OBRERO. Si, Los necesitamos, Teresa. No podemos parar a los generales con las manos vacías,

JOSE. Después de escuchar al Padre, ya sabes cómo está la situación.

LA MADRE. Si has venido aquí solo por los fusiles, no vale la pena que esperes más, Y si no nos dejas tranquilos en esta casa, tomo a mis hijos y me voy de aquí.

EL OBRERO. Teresa, ¿has mirado nuestro país en el mapa? Vivimos como sobre un plato rajado. Bajo la rajadura está el mar y en el borde del plato, los cañones apuntando. Por encima de nosotros, los bombarderos. A menos que te arrojes contra los cañones apuntando. Por encima de nosotros, los bombarderos. A menos que te arrojes contra los cañones, ¿a dónde puedes ir? (*ella se acerca, le arrebató los fusiles y se los lleva en sus brazos*)

LA MADRE, ¡Pedro, estos fusiles no puedes llevártelos!

JOSE. Pero es que debes dárselos, mamá; aquí solamente se enmohecerán!

LA MADRE. Cállate, José! ¿Qué puedes saber tú? (*el obrero se ha sentado nuevamente y enciende un cigarrillo*)

EL OBRERO. Teresa, tú no tienes derecho a secuestrar los fusiles de Carlos.

LA MADRE. (*envuelve los fusiles*) Con derecho o sin derecho, no te los voy a dar. Ustedes no pueden levantar el piso y llevarse contra mi voluntad las cosas que yo tengo en mi casa,

EL OBRERO. No se trata de algo que te pertenezca y que sea necesario en tu casa. No quiero decir delante de tu hijo lo que pienso de ti, y es mejor no hablar de lo que pensaría tu marido. El combatió, Comprendo que hayas perdido la razón por temor a perder tus hijos. Pero nosotros no podemos paramos en mientes.

LA MADRE. ¿Qué quieres decir?

EL OBRERO. Quiero decir que no me voy sin los fusiles. Puedes estar segura.

LA MADRE. Entonces tendrás que matarme.

EL OBRERO. No lo haré. No soy el general Franco. Hablaré con Juan. Y así los obtendré.

LA MADRE. (*rápidamente*) Juan no regresa,

EL OBRERO. Pero si tú misma lo llamaste.

LA MADRE. No lo llamé. No quiero que te vea, Pedro.

EL OBRERO. Me lo imaginaba. Pero yo también tengo voz. Puedo bajar a la playa y llamarlo. Será suficiente una frase, Teresa, conozco a Juan. No es un cobarde. No podrás sujetarlo,

LA MADRE. (*muy serena*) ¡Deja en paz a mis hijos, Pedro! Les he dicho que me ahorcaré si se marchan. Sé que es un pecado ante Dios y que me traerá la condenación eterna. Pero no puedo hacer otra cosa. Cuando murió Carlos, cuando murió así, acudí al Padre, de otra manera me hubiera suicidado. Sabía muy bien que la culpa también era mía, aun cuando Carlos fuera el peor de los dos, con su impetuosidad y su inclinación a la violencia, Pero el fusil no mejora las cosas. Eso lo comprendí cuando lo trajeron aquí y lo dejaron en el piso. No estoy con los generales y es una vergüenza que se pueda suponerlo, Pero si me mantengo serena y combato mi vehemencia tal vez nos salvemos. Es solamente un cálculo. Muy poco es lo que pido. No quiero ver más esta bandera, ya somos bastante desgraciados.

*(Camina silenciosamente hacia la pequeña bandera, la toma y la rompe. Luego se inclina rápidamente, recoge los pedazos y se los guarda en el bolsillo)*

EL OBRERO. Hubiera sido mejor que te hubieses ahorcado, Teresa. (*Golpean, entra la señora Pérez, una anciana vestida de negro*).

JOSE. (*al obrero*) La vieja señora Pérez.

EL OBRERO. (*en voz baja*) ¿Qué clase de gente es?

JOSE. Buena gente. Los de la radio. Hace una semana perdieron la hija en el frente.

SRA PEREZ., Esperé hasta que vi que se marchaba el Padre, Deseaba venir un rato para disculpar a mi gente. Quería decirle que no me parece justo que le creen dificultades por su modo de pensar.

*(La madre calla, pero se levanta y va a sentarse con su red sobre el cajón donde están los fusiles, dejando así lugar a la señora Pérez)*

SRA PEREZ... Usted está preocupada por sus hijos, señora Carrar. La gente no piensa nunca qué difícil es educar a los hijos en estos tiempos. Yo traje al mundo siete. (*se vuelve hacia el obrero, al cual no ha sido presentada*) Ya no son tantos ahora que Inés ha muerto. Dos no pasaron de los cinco años, eran los años de hambre del 98

y el 99. Andrés sé dónde está, la última vez escribió desde Río, En América del Sur. Mariana vive en Madrid; se queja mucho. Nunca ha sido fuerte. A los viejos nos parece que todo lo que ha venido después de nosotros es un poco endeble,

LA MADRE. Pero a Fernando lo tienen aún.

SRA PÉREZ. Sí.

LA MADRE. (*confusa*) Disculpe, no quise mortificarla.

SRA, PEREZ. (*tranquila*) No tiene por qué disculparse. Sé que no quiso ofenderme,

JOSE. (*en voz baja al obrero*) Ese está con Franco.

SRA. PEREZ. (*sin inmutarse*) Nosotros ya no hablamos de Fernando. (*Luego de una pequeña pausa*): Sabe, usted no podrá comprender a mi gente si no piensa en el dolor que nos produjo la muerte de Inés.

LA MADRE. Todos queríamos mucho a Inés. (*Al obrero*) Le enseñó a leer a Juan.

JOSE. A mí también.

SRA. PEREZ. Algunos creen que usted está con los del otro bando. Pero yo los desmiento siempre. Nosotros sabemos bien cuál es la diferencia entre el pobre y el rico.

LA MADRE. No quiero que mis hijos sean soldados. No son carne de matadero.

SRA. PEREZ. Usted lo sabe, señora Carrar, yo lo digo siempre. Para los pobres no existe seguro de vida. Quiero decir que siempre son golpeados, de una manera o de otra. A la gente pobre, señora Carrar, no la salva la prudencia. Nuestra Inés fue siempre la más tímida de mis hijos. Si supiera lo que le costó a mi marido enseñarle a nadar!

LA MADRE. Pienso que aún deberla estar con vida,

SRA. PEREZ. ¿Pero cómo?

LA MADRE. ¿Por qué su hija, que era maestra, tuvo que tomar un fusil y ponerse a pelear contra los generales?

EL OBRERO. ¡Que estaban financiados por el Santo Padre!



SRA. PEREZ. Ella decía que quería seguir siendo maestra.

LA MADRE, ¿Y no podía hacerlo en Málaga, en su escuela? ¡Qué generales ni generales!

SRA. PEREZ. Nosotros hablamos de esto con ella. Su padre se privó de fumar durante siete años y sus hermanos no tuvieron una gota de leche en todo ese tiempo, para que ella pudiera llegar a ser maestra. E Inés nos decía que ahora no estaba dispuesta a enseñar que dos más dos son cinco y que el general Franco era un enviado de Dios.

LA MADRE. Si Juan viniera a decirme que estando los generales no puede seguir pescando le diría que se ha vuelto loco. ¿Pero acaso los capitalistas dejarán de quitarnos la piel cuando no haya más generales?

EL OBRERO. Creo que sería más difícil para ellos si tuviésemos los fusiles.

LA MADRE. ¿Otra vez con los fusiles? ¿Habrás que seguir matando?

EL OBRERO. ¿Quién dice eso? Si los tiburones te atacan, ¿eres tú quien emplea la violencia? ¿Hemos sido nosotros los que fuimos hacia Madrid, o es el general Mola el que ha venido hacia nosotros cruzando las montañas? Durante dos años tuvimos un poco de luz, apenas un fulgor, ni siquiera una claridad crepuscular, pero ahora quieren sumirnos nuevamente en la noche, Y si fuera sólo eso. Las maestras no podrán enseñar que dos más dos son cuatro y por si fuera poco, serán exterminadas si alguna vez lo han dicho. ¿No has oído decir esta noche que nos barrerán de la tierra?

LA MADRE. Únicamente los que hayan empuñado las armas. No se me echen todos encima. No puedo luchar contra todos ustedes. Mis hijos me miran como si fuera de la policía. Si se acaba la harina, leo en sus rostros que la culpa es mía. Y si llegan los aviones, apartan la mirada como si yo los hubiera mandado. ¿Y por qué calla el Padre cuando debería hablar? Se me considera una loca cuando digo que los generales son hombres, muy malos, sí, pero no un terremoto con el que es imposible discutir. ¿Por qué viene a sentarse en mi casa, señora Pérez, y me habla de esas cosas? ¿Cree que no sé por mí misma todo eso que usted dice? Su hija ha muerto, y ahora les toca a los míos... ¿Eso es lo que quiere, verdad? Me invade la

casa como un cobrador de impuestos, pero yo ya he pagado!

SEÑORA PEREZ. (*se levanta*) Señora Carrar, yo no quería enfurecerla. No pienso, como mi marido, que habría que obligarla a hacer alguna cosa. Teníamos una buenísima opinión de su marido y quería pedirle disculpas si los míos la molestan. (*Sale haciendo una inclinación de cabeza al obrero y al joven. Pausa*).

LA MADRE... Lo siento, pero es que con su testarudez nos lleva a decir cosas que no pensamos. Yo no tengo nada en contra de Inés.

EL OBRERO. (*furioso*) Claro que estás en contra de Inés! ¡Desde el momento que no la ayudaste, estabas en contra! Luego dices que no estás con los generales; y esto tampoco es cierto, quieras que no. Si no estás con nosotros, estás de parte de ellos. No puedes permanecer neutral, Teresa.

JOSE. (*Se acerca de pronto a la madre*) Vamos, madre, de todas maneras es inútil. (*al obrero*) Ahora se ha sentado sobre el cajón para que no nos llevemos los fusiles. Entrégalos, madre

LA MADRE. Será mejor que te limpies la nariz, José.

JOSE. Mamá, quiero marcharme con tío Pedro, Yo no espero a que nos maten como a cerdos. No puedes prohibirme combatir, como me prohibiste fumar. Felipe, que es mucho menos listo que yo para tirar piedras, ya está en el frente, y Andrés, que tiene un año menos, ya ha caído. No dejaré que todo el pueblo se ría de mí.

LA MADRE. Si, lo sé. El pequeño Pablo ofreció a un camionero su topo muerto si lo llevaba al frente. ¡Es ridículo!

EL OBRERO. ¡No es ridículo!

JOSE\*. Dile a Ernesto Turillo que puede quedarse con mi barca pequeña. Vamos, Tío Pedro! (*quiere irse*).

LA MADRE. ¡Tú te quedas!

JOSE. No, me voy. Puedes decir que necesitas a Juan, pero a mí no me necesitas.

LA MADRE. Si retengo a Juan, no es porque quiera que vaya a pescar para mí. Y a ti no te dejo ir. (*Corre hacia él y lo abraza*). Puedes fumar si quieres, puedes ir a pescar solo, no te diré nada, y puedes ir con la barca de padre.

JOSE. ¡Suéltame!

LA MADRE. ¡No, tú te quedas aquí!

JOSE. (*Desasiéndose de ella con fuerza*) No, me voy. Rápido, toma los fusiles, tío!

LA MADRE. ¡Oh! (*Suelta al muchacho y se aleja, cojeando, apoyando el pie con cuidado*).

JOSE ¿Qué tienes?

LA MADRE. ¡Qué te importa lo que tengo, véte! Has vencido a tu madre, de cualquier manera!

JOSE. (*desconfiado*) Si ni siquiera hemos luchado! ¡No puede haberte sucedido nada!

LA MADRE. (*Masajeándose el pie*). ¡No, véte!

EL OBRERO. ¿Quieres que te lo coloque en su lugar?

LA MADRE. No. Tienes que irte. ¡Véte de mi casa. Empujas a mis hijos para que se me echen encima!

JOSE. (*furioso*) Ahora resulta que me he arrojado sobre ella! (pálido de rabia va hacia el fondo).

LA MADRE. Te volverás un delincuente. ¿Por qué no me quitas hasta el último pedazo de pan del horno? Podrían atarme con una cuerda a la silla. ¿Son dos, no?

EL OBRERO. No enredes las cosas, por favor.

LA MADRE. También Juan está loco, pero no usaría la fuerza con su madre. Se lo hará pagar caro Juan, cuando venga! (*Se levanta de golpe y va hacia la ventana, olvidándose de renquear; el joven señala indignado sus pies*).

JOSE. ¡El pie ha sanado de golpe!

LA MADRE. (*confundida*) ¡Búrlate de mí también! (*Mira por la ventana. Luego, de pronto...*) No comprendo, no veo la lámpara de Juan.

JOSE (*refunfuñando*) Y qué, ¿quieres que haya desaparecido?

LA MADRE..... ¡Ha desaparecido de verdad! (El muchacho va hacia la ventana, mira y dice con voz extraña al obrero)

JOSE. Si, ha desaparecido. La última vez que lo vi estaba mar adentro,

cerca del cabo. Bajo a la playa. (Sale rápidamente).

EL OBRERO... Estará regresando.

LA MADRE... Entonces deberla verse la lámpara,

EL OBRERO. ¿Y qué puede suceder?

LA MADRE. Yo sé lo que sucede. Ella lo alcanzó con el bote.

EL OBRERO. ¿Quién, la muchacha? No.

LA MADRE. ¡Pero claro, han ido a buscarlo! (*agitándose cada vez más*) ¡Ha sido un plan, se pusieron de acuerdo! Toda la noche estuvieron mandando gente aquí, uno tras otro, para que yo no prestara atención. Son todos asesinos!

EL OBRERO. (*un poco en broma y un poco con rabia*) Al Padre por lo menos no lo mandaron.

LA MADRE. No se darán paz hasta que no los hayan enviado a todos a la guerra.

EL OBRERO. ¿Supongo que no creerás que se ha ido al frente?

LA MADRE. Lo han asesinado, pero él no es mejor que ellos. ¡Huir de noche! ¡No quiero volver a ver!

EL OBRERO. ¡No te comprendo, Teresa! ¿No ves que no puedes hacerle un daño mayor que impedirle combatir? No te lo agradecerá.

LA MADRE, (como ausente) Si le impedí que fuera a combatir, no fue por mí.

EL OBRERO. No combatir por nosotros, Teresa, no significa no combatir. Significa combatir por los generales.

LA MADRE. Si ha hecho eso, si ha entrado en la milicia, entonces lo maldigo. Que lo hieran las bombas de sus aviones, que lo aplasten sus tanques. Así se dará cuenta que no se puede burlar a Dios. Y que un pobre no puede hacer nada contra los generales. No lo he dado a luz para que destruya a sus semejantes apostado detrás de una ametralladora. Si en el mundo hay injusticia, yo no le enseñé a participar de ella. Si regresa, no le abriré la puerta, aunque diga que ha vencido a los generales. Le diré a través de ella que no quiero recibir en mi casa a nadie que esté manchado con sangre. Me lo arrancaré de mi pecho, como se amputa un pie gangrenado, Lo haré. Ya me han llevado uno, él también creía tener suerte. Pero no-

sotros no tenemos suerte. Tal vez lleguen a entenderlo antes de que los generales terminen con nosotros. Quien a hierro mata, a hierro muere.

*(Delante de la puerta se oyen voces. Luego ésta se abre y entran tres mujeres, con las manos cruzadas sobre el pecho y rezando el Ave María. Se apoyan contra la pared y dos pescadores entran sosteniendo el cuerpo de Juan sobre una vela ensangrentada. Los sigue, blanco como un cadáver, José Lleva en la mano la boina del hermano. Los pescadores dejan al muerto en el suelo; uno de ellos lleva la lámpara de Juan. Mientras la madre permanece sentada y rígida, y las mujeres rezan en voz alta, los pescadores explican en voz baja al obrero lo que ha ocurrido).*

PRIMER PESCADOR. Fue una de sus balandras pesqueras armadas con ametralladoras. Al pasar dispararon contra él.

LA MADRE. ¡No puede ser! ¡Es un error! ¡Si habla ido a pescar!

*(Los pescadores callan La madre cae al suelo. El obrero la levanta).*

EL OBRERO. No habrá sentido nada. *(La madre se arrodilla junto al muerto)*

LA MADRE. Juan! *(Se oye durante algún tiempo el murmullo de las mujeres y el ruido de los cañones a lo lejos).*

LA MADRE, ¿Pueden ponerlo sobre el cofre? *(El obrero y los pescadores lo levantan y lo ponen sobre el cofre. La vela queda en el suelo. Los rezos de las mujeres se vuelven más claros y más fuertes. La madre toma de la mano a José y con él se dirige hacia el muerto).*

EL OBRERO. *(a los pescadores)* ¿Estaba solo? ¿No había salido ninguna otra barca?

PRIMER PESCADOR. No. Pero él estaba en la playa. *(Señala al otro pescador)*

SEGUNDO PESCADOR. Ni siquiera le preguntaron nada. Lo iluminaron con los reflectores y luego su lámpara cayó dentro de la barca,

EL OBRERO. Pero deben haber visto que sólo estaba pescando.

SEGUNDO PESCADOR., Sin duda. Tienen que haberlo visto,

EL OBRERO. ¿Y él no gritó nada?

SEGUNDO PESCADOR. Yo lo habría oído. *(La madre se adelanta con*

*la boina de Juan)*

LA MADRE. *(serena)* La culpa es de la boina.

PRIMER PESCADOR. ¿Por qué?

LA MADRE. Está raída. Un rico no usa cosas así.

PRIMER PESCADOR., ¡Pero no es posible que disparen sobre todos los que llevan una boina raída en la cabeza!

LA MADRE. Claro que sí. No son hombres. Son lepra y tienen que ser quemados como lepra. *(A las mujeres que rezan, amablemente)*

Les ruego que se marchen. Todavía tengo muchas cosas que hacer y además tengo a mi hermano conmigo *(La gente sale)*.

PRIMER PESCADOR. La barca la hemos amarrado. *(Cuando se quedan solos, la madre levanta la vela y la mira)*

LA MADRE, He roto la primera bandera. Pero me han traído otra. *(La arrastra hacia el fondo y cubre al muerto. En ese momento el ruido de los cañones se oye más próximo)*.

JOSE. *(atontado)* ¿Qué es?

EL OBRERO. *(muy agitado)* ¡Se abrieron paso en el frente! Tengo que irme en seguida.

LA MADRE. *(Yendo hacia el horno, fuerte)*: Saquen los fusiles. Prepárate, José. También el pan está listo.

*(Mientras el obrero toma los fusiles, ella mira el pan, lo saca del horno, lo envuelve en un lienzo y se acerca a los dos. Toma uno de los fusiles)*

JOSE, ¿Tú también quieres venir?

LA MADRE. Si, por Juan. *(Caminan hacia la puerta)*.

**FIN**